«HOW THE NORTH WAS WON»: EL ESPAÑOL Y SU TRANSFORMACIÓN EN ESTADOS UNIDOS

Keith Johnson

El caudillo mexicano Porfirio Díaz solía lamentar la suerte dispar de su país espetando un lacónico «Pobre México: tan lejos de Dios, tan cerca de Estados Unidos». Descontando una revolución y unas cuantas intervenciones armadas, a la postre ha sido precisamente esta cercanía lo que más ha beneficiado a México, y por extensión, a centenares de millones de hispanohablantes.

Si el español está en auge en todo el mundo —y lo está, pese a sus avatares en casa— se debe en parte al vecino del norte. La verdadera explosión del español en EE. UU. (un país, por otra parte, que nunca ha decretado un idioma oficial) ha contribuido a una transformación del idioma sin precedentes. Ha dejado de ser una lengua extranjera, propia de gentes extrañas, para convertirse en el segundo idioma del país al que llaman el «nuevo imperio».

Eso no lo conocía yo. De joven, para ver algo de español en la televisión, me conformaba con un servicio evangélico puertorriqueño los domingos por la mañana, y eso viviendo en Florida. A veces, ponían en la radio un partido de béisbol comentado por dominicanos. En todo caso, distaba mucho incluso de un *Expediente X* doblado.

Cursar algunos estudios de un idioma extranjero era y es obligatorio para gran parte de los alumnos norteamericanos. Quizá, como un ratoncito de los dibujos animados llamado Speedy González había dejado grabado con más fuerza el «Ándale, ándale, arriba, arriba» en las mentes de varias generaciones que la correspondiente frase dicha por una mofeta francesa, también animada, se tiende a elegir el español.

Todos pasamos por las clases de español, no por bien intencionadas más acertadas. En primaria, coreamos los números, los colores y los días de la semana; ya en secundaria avanzamos hasta «¿Qué tal, amigo?», donde algunos notables parecen haberse estancado.

Fuera de las horas lectivas, sin embargo, el español todavía vivía al margen. Cuando yo daba clases de español en la Universidad de Georgia a mediados de los años noventa, traía de España hasta etiquetas de Font Vella y billetes canjeados de metro: tal era la escasez de materiales en la vida diaria, como para inculcar a los alumnos que ese idioma lo vivían y lo hablaban millones de personas.

Pero dado el pragmatismo norteamericano, la cercanía del país con América Latina y los siglos de convivencia con pequeñas poblaciones hispanas (también seguramente pesa el Tratado de Libre Comercio, o NAFTA), la preferencia natural se convirtió en una avalancha. En las escuelas y universidades, el español ha desbancado definitivamente al alemán, al francés y al italiano; el latín y el griego sirven ya sólo para el Trivial. El español sigue muy por delante incluso de otros idiomas de especial interés ahora, como son el chino y el árabe.

Los esfuerzos contrarreloj por parte de profesores de esas otras lenguas por reinventarse como instructores de español dan testimonio de su ímpetu arrollador. El panorama laboral para los recién acuñados doctorados de Filología Francesa, por ejemplo, no es alentador. Hoy en día, aunque no sepan los universitarios lo que conmemora el

Cinco de Mayo, lo celebran por todo lo alto. Las crónicas de los partidos de béisbol de los equipos de élite son —desde muchos años atrás— un recital de hispanos. Otros ven los partidos del Real Madrid o el Boca Juniors en tiempo real y comentados en español.

En los medios de comunicación, más de lo mismo. Ahora *El País* o cualquier diario los lee cualquiera por Internet, en lugar de bucear en la biblioteca en busca de números atrasados. Pero también hay periódicos locales editados íntegramente en español, algunos con una tirada que supera a la de varios diarios en España. Huelga mencionar el sinfín de emisoras de radio y televisión que emiten en español, y ya no sólo en ciudades como Miami, Los Ángeles o Nueva York.

Es más, todos los diarios grandes norteamericanos tienen varios reporteros destinados a cubrir la experiencia hispana en EE. UU. Algunos publican suplementos en español. Cadenas de cable ofrecen la opción de noticias y deportes en español, que son cada vez más solicitadas.

En cincuenta años, Estados Unidos ha pasado de recrear el acento cubano del marido de Lucy Ball a ver *Mujeres desesperadas* simultáneamente en inglés y español. Casi cualquier trámite telefónico puede ser atendido en inglés o español. Casi cualquier trámite, llegado a ello, se puede sufrir en los dos idiomas, desde sacarse el carné de conducir hasta esquivar los impuestos.

Para las grandes empresas norteamericanas, llegar al mercado hispano bordea la obsesión. En el intento, muchas gastan millones en publicidad en los dos idiomas. Pero frente a una población hispana tan heterogénea, los anuncios varían bien poco.

Y ahí está parte del problema, por así decirlo. Por mucho que asome la cabeza un Almodóvar o un Amenábar, sigue prevaleciendo en muchas partes de EE. UU. la idea de que todo en español equivale a latino o hispano, o más bien lo que se entiende por ello. «Vosotros» como pronombre apenas existe y aparte de toreros, flamenco, paella y tortilla, España tampoco, y además se ubica en Centroamérica.

Por una parte, es lógico, dada la proximidad geográfica y una historia compartida, aunque ésta sea a regañadientes. Pero, por otra parte, aporta un peligro, o varios.

Fácilmente salen caricaturas no halagadoras de una población que es en realidad variopinta. Las buenas intenciones a veces salen por la culata. A los hijos de los inmigrantes hispanos, por ejemplo, algunos estados se empeñan en educarlos en español, un flaco favor. Hay muchos hispanohablantes que se dejan acomodar en un universo a prueba del inglés, porque pueden, pero esto les perjudica y perjudica a sus hijos.

Por un lado, todo esto sirve para perpetuar una visión a veces peyorativa de los hispanohablantes en EE. UU., muchos de los cuales, como los irlandeses, los italianos y los asiáticos antes, han llegado obligados a librar una dura batalla para tirar hacia adelante. La enseñanza bilingüe es también el lenguaje del gueto.

Por otro, esa postura aleja a Estados Unidos de España, cosa que no debería interesarle a ninguno de los dos. Desde la Guerra de Independencia, los destinos de España y EE. UU. han estado vinculados. Siguen estándolo.

El español tiene el futuro asegurado en Estados Unidos, si no por otra cosa, por la demografía. Un hemisferio entero, una vez consolidados los esfuerzos brasileños de españolizar la enseñanza, va a manejar el inglés y el español. Eso le va a dar cierta ventaja frente a otros bloques económicos que gastan, cada vez más, parte de su energía y presupuesto en servicios de traducción. España tiene, gracias al legado de Cervantes, a mi modo de ver, una obligación y un interés en que la oportunidad no pase desaprovechada. ■

Keith Johnson es corresponsal en Madrid del periódico estadounidense *The Wall Street Journal*.